

Y, por ello, decía también el apóstol San Pablo: “No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar” (1 Cor. I 17), advirtiendo así que el principal ministerio de cuantos ejercen de alguna manera el gobierno de la Iglesia consiste en instruir a los fieles en las cosas sagradas...

*«Por lo cual, el sacrosanto Concilio de Trento, hablando de los pastores de almas, declara que **la primera y mayor de sus obligaciones es la de enseñar al pueblo cristiano.** Dispone, en consecuencia, que por lo menos los domingos y fiestas solemnes den al pueblo instrucción religiosa... Añade el Concilio que, además, los párrocos están obligados, al menos los domingos y días de fiesta, a enseñar a los niños, por sí o por otros, las verdades de fe».*

¿Y nuestras Hojitas de Fe?...

Pues bien, de la idea de asegurar esta instrucción que todo sacerdote debe a sus fieles, ha nacido la idea de presentar cada semana, en forma de sencilla hojita, una verdad de nuestra santa fe, de la manera más variada posible, y desde los distintos apartados de la doctrina cristiana.

Hojitas de Fe pretende, pues, ser una bocanada de aire fresco para la fe de cada uno de los fieles; una migaja de pan que se reparte para que no les falte el pan a los pequeñuelos; un medio fácil y a su alcance de ilustrar su fe como conviene a su condición de cristianos.

Hojitas de Fe pretende asimismo proporcionar a los fieles celosos un medio de difundir esta misma fe, mediante pequeños volantes fáciles de multiplicar y de repartir, para que el conocimiento de la verdadera doctrina se extienda a otras almas.

Dígnense Dios y su Santísima Madre bendecir estas Hojitas de Fe, a fin de que logren alcanzar el noble fin que se proponen.

Quando al espíritu lo envuelven
las espesas tinieblas de la ignorancia,
no pueden darse
ni la rectitud de la voluntad
ni las buenas costumbres.

**Gran parte de los que se condenan
llegan a esta perpetua desgracia
por la ignorancia de los misterios de la fe
que deben conocer y creer
para conseguir la felicidad eterna.**

Hojitas de Fe

Conoce y difunde tu fe

|

Fin de estas Hojitas

Importancia de la enseñanza de la Doctrina Cristiana

El mal moderno de la apostasía de las naciones no es algo que venga de hoy, sino que echa sus raíces mucho tiempo atrás. Podríamos señalar como su causa principal, al menos *externamente*, la conjuración contra Dios, la Iglesia y la vida cristiana, que, comenzada en las ideas del llamado Renacimiento, prosiguió luego con la Reforma protestante y llevó a la Revolución francesa. Desde entonces, la causa de la religión no ha hecho más que retroceder y verse sumida en un abismo cada vez mayor. Sin embargo...

1º La ignorancia de la religión, causa de la moderna apostasía de las almas.

El Papa San Pío X, en su encíclica *Acerbo nimis*, del 15 de abril de 1905, queriendo indagar las causas y razones *internas* del mal que padecía la religión cristiana, señalaba determinadamente uno, y uno solo: la ignorancia de las cosas religiosas por parte de los fieles cristianos. Así decía:

«Sin proscribir, Venerables Hermanos, el parecer y juicio de otros, somos del número de los que piensan que la actual depresión y debilidad de las almas, de que resultan los mayores males, provienen, principalmente, de la ignorancia de las cosas divinas. Esta opinión concuerda enteramente con lo que Dios mismo declaró por su profeta Oseas: “No hay en la tierra ciencia de Dios. La maldición, y la mentira, y el homicidio, y el robo, y el adulterio, todo lo inundan, y la sangre sobre la sangre se ha derramado. Por esto caerán el llanto y la miseria sobre la tierra y todos los que la habitan” (Os. 4 1 ss.)».

Este mal, señala el Santo Pontífice, está, por una parte, extendidísimo entre el pueblo cristiano, y, por otra parte, no es propio sólo de las clases humildes, sino también de las reputadas por cultas e instruidas.

«¡Cuán comunes y fundados son, por desgracia, estos lamentos de que existe hoy un crecido número de personas, en el pueblo cristiano, que viven en suma ignorancia de las cosas que se han de conocer para conseguir la salvación eterna! Y al decir “pueblo cristiano”, no Nos referimos solamente a la plebe, esto es, a aquellos hombres de las clases más humildes, a quienes excusa con frecuencia el hecho de hallarse sometidos a dueños exigentes, y que apenas pueden ocuparse de sí mismos y de su descanso; sino que también y, principalmente, hablamos de aquellos a quienes no falta entendimiento ni cultura, y

hasta se hallan adornados de una gran erudición profana, pero que, en lo tocante a la religión, viven temeraria e imprudentemente».

San Pío X, a continuación, enumera detalladamente las verdades comúnmente ignoradas por los fieles, incluyendo en la lista aun aquellas verdades cuyo desconocimiento difícilmente habríamos atribuido a quien profesa ser católico.

«¡Difícil sería ponderar cuán espesas son las tinieblas que con frecuencia los envuelven, y —lo que es más triste— la tranquilidad con que permanecen en ellas! Para nada se preocupan de Dios, soberano autor y moderador de todas las cosas, y de la sabiduría de la fe cristiana; y así, nada saben de la Encarnación del Verbo de Dios, ni de la redención por El llevada a cabo; nada saben de la gracia, el principal medio para la eterna salvación; nada del sacrificio augusto ni de los Sacramentos, por los cuales conseguimos y conservamos la gracia. En cuanto al pecado, no conocen ni su malicia ni su fealdad, de suerte que no ponen el menor empeño en evitarlo, ni en lograr su perdón; y así llegan a los últimos momentos de su vida, en que el sacerdote —por no perder la esperanza de su salvación— les enseña sumariamente la religión, en vez de emplearlos, según convendría, en excitarlos a actos de caridad; y esto, si no sucede —por desgracia, con demasiada frecuencia— que el moribundo sea de tan culpable ignorancia que considere inútil el auxilio del sacerdote y crea que puede transpasar tranquilamente los umbrales de la eternidad sin haber satisfecho a Dios por sus pecados. Por lo cual Nuestro predecesor Benedicto XIV escribió justamente: “Afirmamos que una gran parte de los que se condenan, llegan a esta perpetua desgracia por la ignorancia de los misterios de la fe que es necesario conocer y creer para conseguir la felicidad eterna”».

El resultado de esta ignorancia es, inevitablemente, la invasión del pecado y la corrupción total de las costumbres cristianas.

«Siendo esto así, Venerables Hermanos, ¿qué tiene de sorprendente que la corrupción de las costumbres y su depravación sean tan grandes y crezcan diariamente, no sólo en las naciones bárbaras, sino aun en los mismos pueblos que llevan el nombre de cristianos? Con razón decía el apóstol San Pablo escribiendo a los de Éfeso: “La fornicación y toda inmundicia, y la avaricia, ni de nombre deben conocerse entre vosotros, como cumple a los santos; ni tampoco palabras torpes ni truhanerías” (Ef. 5 3 ss.). Como fundamento de este pudor y santidad, con que se moderan las pasiones, puso la ciencia de las cosas divinas: “Mirad, hermanos, con cuánta cautela debéis andar; no como ignorantes, sino como sabios... No seáis, pues, imprudentes, sino sabed primero la voluntad de Dios” (Ef. 5 15 ss.)».

2º Deficiente formación en la doctrina cristiana.

El Santo Papa sigue luego indagando a qué se debe esta ignorancia tan general entre los fieles, y encuentra la causa justamente en la carencia de una buena formación en la doctrina cristiana.

«Si es cosa vana esperar cosecha en tierra no sembrada, ¿cómo esperar generaciones adornadas de buenas obras, si oportunamente no fueron instruidas

en la doctrina cristiana? De donde concluimos justamente que, si la fe languidece en nuestros días hasta parecer casi muerta en una gran mayoría, es que se ha cumplido descuidadamente, o se ha omitido del todo, la obligación de enseñar las verdades contenidas en el Catecismo. Inútil sería decir, como excusa, que la fe es dada gratuitamente y conferida a cada uno en el Bautismo; porque, aunque todos los bautizados en Jesucristo fuimos enriquecidos con el hábito de la fe, esta divina semilla no llega a crecer... y echar grandes ramas (Mc. 4 32), si queda abandonada a sí misma y como por nativa virtud. Tiene el hombre, desde que nace, facultad de entender; mas esta facultad necesita de la palabra materna para convertirse en acto, como suele decirse. También el hombre cristiano, al renacer por el agua y el Espíritu Santo, trae como en germen la fe; pero necesita la enseñanza de la Iglesia para que esa fe pueda nutrirse, crecer y dar fruto. Por eso escribía el Apóstol: “La fe entra por el oído, y el oír depende de la predicación de la palabra de Cristo”. Y para mostrar la necesidad de la enseñanza añadió: “¿Cómo... oirán hablar, si no se les predica?” (Rom. 10 14 y 17)».

No quiere eso decir que la deficiente formación en las verdades de la doctrina cristiana sea toda la razón, y tenga toda la culpa, de la apostasía moderna de las almas; pero no es menos cierto que, de haber estado ellas mejor instruidas, habrían encontrado en dicha instrucción una importante preservación contra la ignorancia de la propia fe y, por ende, contra la pervisión de costumbres.

«Lejos estamos de afirmar que la malicia del alma y la corrupción de las costumbres no puedan coexistir con la ciencia de la religión. Pluguiere a Dios que los hechos demostrasen lo contrario. Pero entendemos que cuando al espíritu lo envuelven las espesas tinieblas de la ignorancia, no pueden darse ni la rectitud de la voluntad ni las buenas costumbres, pues si caminando con los ojos abiertos puede apartarse el hombre del buen camino, el que padece de ceguera está en peligro cierto de desviarse. Añádase que, en quien no está enteramente apagada la antorcha de la fe, todavía queda esperanza de que se enmiende y sane la corrupción de costumbres; mas cuando la ignorancia se junta a la depravación, ya es casi imposible el remedio y sólo queda abierto el camino de la ruina».

3º Remedio contra tales males: la instrucción firme y sólida en la fe.

Por lo tanto, el remedio específico de los males presentes se encuentra en la instrucción cristiana de las almas. Y esta enseñanza de la divina ley la esperan los fieles de los sacerdotes, y más especialmente —señala el Papa San Pío X— de aquellos que tienen a su cargo y como por contrato la cura de almas.

«Este gravísimo deber corresponde a los pastores de almas que, efectivamente, se hallan obligados por mandato del mismo Cristo a conocer y apacentar las ovejas, que les están encomendadas. Apacentar es, ante todo, adoc-trinar: “Os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán con la ciencia y con la doctrina” (Jer. 3 15). Así hablaba Jeremías, inspirado por Dios.